

2Celentano

Autor: Adrián Celentano

Pertenencia Institucional: Facultad de Trabajo Social-UNLP. Argentina

Eje temático 2

Título: “Los procesos de radicalización universitaria latinoamericana entre 1969 y 1971”

Email: adriancelentano@gmail.com

Presentación

La presente ponencia se concentra en los análisis sobre la problemática universitaria formulados por la revista político-cultural *Los Libros*. Esta publicación, fundada en 1969 y clausurada en 1976 por el gobierno militar, estuvo dirigida en un comienzo por Héctor Schmucler y luego por un comité editor formado por Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo y Ricardo Piglia; y tuvo un rol clave en la consolidación de la nueva izquierda argentina que en el período que transcurre entre el Cordobazo (1969) y el Viborazo (1971), el colectivo intelectual de *Los Libros (LL)* elabora numerosos artículos sobre la creciente radicalización política e ideológica de los universitarios; allí se estudiaron los cuestionamientos a los presupuestos ideológicos de la modernización universitaria, así como las formas organizativas y políticas del movimiento estudiantil y docente vigentes.

La revista

En su primer editorial, la revista porteña *Los Libros* define su actividad como “crítica de la ideología”. Desde ese marco, promueve la crítica sistemática de las novedades bibliográficas -especialmente la renovación de las lecturas marxistas según la matriz estructuralista-, se ocupa de los problemas de la crítica literaria que emerge por esos años y también atiende la agenda de problemas señalados por la izquierda nacional. Durante su primer año, *LL* se inspira en la revista francesa *Le Quinzaine Magazine*; por entonces lleva por subtítulo “un mes de publicaciones en Argentina y en el mundo”, y se compone exclusivamente de reseñas. Éstas se ocuparon de las nuevas publicaciones en historia, filosofía, economía política y sociología, pero también de libros relativos a la renovación de la crítica literaria, el psicoanálisis y las ciencias de la educación. Si bien la relación entre la historia de los movimientos obreros y estudiantiles, la caracterización del desarrollo capitalista y las formulaciones ideológicas que las acompañan fueron

preocupaciones constantes de la revista, recién en 1970 esas cuestiones son abordadas, además de en las reseñas, en informes, documentos, balances y artículos.

LL se dirige a un lector universitario, no sólo por los libros reseñados sino también por los que son publicitados y por el estilo de las publicidades. A los numerosos anuncios de imprentas, papeleras y distribuidoras -como Librecol y DER- se suman editoriales centrales dentro de la nueva izquierda argentina, como Sudamericana, Amorrurtu, Jorge Álvarez, Tiempo Contemporáneo y Galerna, la editorial que además financió a los *LL*. Con el correr de los números se suman importantes anuncios de las editoriales universitarias de Chile, Venezuela y México. Sin duda, los lectores argentinos y latinoamericanos de *LL* habían pasado por la universidad o estudiaban en ella.

Respecto de la composición de la dirección de *LL*, ésta se transforma a fines de 1972 cuando Schmucler es desplazado por tres intelectuales alineados con agrupaciones maoístas: Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo (ambos vinculados al Partido Comunista Revolucionario) y Ricardo Piglia (cercano a Vanguardia Comunista). Con ese cambio la publicación se liga a dos organizaciones de la nueva izquierda que tenían una significativa presencia tanto en el movimiento estudiantil como en la formación del clasismo obrero, específicamente en la rebelde ciudad de Córdoba.

Por esos años se abría un novedoso abanico de tendencias de la nueva izquierda intelectual, en la que se destacaba *Los Libros* y que también incluía otras revistas como *Nuevos Aires*, *Cristianismo y Revolución* y *Antropología 3er Mundo*. Varias de estas publicaciones analizaron lo que se entendía como la crisis de la universidad. Tomando este marco general, nuestra ponencia se propone precisar los modos en que *Los Libros* enfoca la cuestión universitaria a nivel argentino y latinoamericano.

1969. La guerra de los estudiantes

Los Libros se ocupa de la cuestión universitaria ya en su primer número. La tapa de ese número, aparecido en julio de 1969, lleva la imagen de siluetas humanas que leen y comentan los libros y los siguientes títulos en letras destacadas: “nueva novela latinoamericana”, “el enigma Sade” y “La guerra de los estudiantes”. Éste remite al artículo “Los estudiantes: nueva oposición” de Juan Carlos Torre, un miembro del grupo *pasadopresentista* que reseña la compilación *Las luchas estudiantiles en el mundo* (que acababa de editar Galerna).

En el artículo del primer número de *LL*, Torre destaca la crisis que produce en el seno de los países “neocapitalistas” la insurrección estudiantil europea. Esta insurrección,

que rechaza cualquier pacto reformista, tendría una radicalidad tal que conseguiría introducir en el viejo continente el desafío planteado por la revolución cubana y la resistencia vietnamita. Los movimientos estudiantiles emergerían de la crisis del sistema capitalista moderno, se rebelarían ante la irracionalidad –que crítica agudamente Marcuse- de una sociedad que, si bien es avanzada tecnológicamente, no puede absorber los recursos generados en las universidades y termina por engendrar un “nuevo proletario” marcado por el subempleo y la desocupación.

Los universitarios europeos, formados en concepciones humanistas, se enfrentan también al orden militar imperante en la fábrica moderna y a la alienación objetiva producida por el capital, que no puede integrar a una parte de los graduados. Frente a esa rebelión, Torre concluye que “no estamos ante la imagen tradicional del intelectual comprometido”, sino ante un estudiante que ya desde su status “lleva la marca de la opresión” y que de ella toma “súbita conciencia”, como lo había formulado Rosana Rossanda. Los universitarios llevan su intransigencia radical hasta la ruptura con partidos, sindicatos y federaciones tradicionales y moderadas. Y en esa intransigencia Torre descubre el límite del movimiento: sin mediaciones ni programas, es más fácil que se pierda en el democratismo y el igualitarismo, integrándose rápidamente al sistema. De todos modos, la protesta estudiantil europea se ofrecería como un gran aliciente para los estudiantes latinoamericanos que han dejado atrás la tradición de la Reforma Universitaria y avanzan en la lucha “revolucionaria, popular y antimperialista”.

En los diez números siguientes de *LL*, los estudiantes y la universidad son mencionados sólo en artículos que abordan movimientos sociales de protesta. Recién en el número 12 (octubre de 1970), *LL* publica una nueva reseña dedicada específicamente a la cuestión juvenil y estudiantil; se trata del libro de Armand y Michelle Mattelart que, desde un análisis estructural, cuestiona el mito de la homogeneidad de la juventud chilena, para mostrar que allí también hay lucha de clases, pues se reconocen jóvenes dominados y dominantes.

Por otra parte, esa científicidad se enfrentaba a las diatribas “anticientificistas” que planteaban por entonces Oscar Varsavsky desde la revista *Ciencia Nueva* y el conglomerado de los intelectuales “pensamiento nacional” de *Antropología 3er. Mundo* y *Envido*, tres revistas que también circulaban en la universidad. Para *LL*, el ascenso del pensamiento nacional tiene como trasfondo ideológico “la quiebra de la ilusión desarrollista-cientificista que aspiró a ser proyecto para la inteligencia posperonista” y se caracteriza por carecer de análisis específicos y sistemáticos.

1971. De la Reforma Universitaria al Viborazo

Durante el año 1971 podemos registrar una modificación en el tipo de textos que compone la revista. En sus números iniciales, *LL* estaba integrada por reseñas de libros firmadas por intelectuales especializados entre los que predominan los universitarios. Luego de algunos números se suman artículos y encuestas, y desde 1970 la revista se politiza a través de la publicación de un novedoso y variado conjunto de declaraciones, manifiestos y balances de experiencias, firmados por autores colectivos. Y si buena parte de estos textos reflexionan sobre el mundo universitario, algunos de ellos permiten descubrir los nexos entre la revista y las corrientes militantes estudiantiles ligadas a las organizaciones maoístas de la época.

En agosto de 1971, la tapa de *LL* emula un famoso afiche del mayo francés: un joven lanza una piedra que hace estallar un vidrio, detrás de ese vidrio el interrogante que se deja ver es “¿Por qué Córdoba?”. Esa insurrección protagonizada por la juventud estudiantil y los obreros a la que aluden las tapas de *Los Libros* condensa el cuestionamiento político que por esos años se escuchaba de París a Río de Janeiro y de Pekín a La Plata. En ese número aparece “El movimiento estudiantil de la *Reforma al Cordobazo*”, un artículo firmado por Osvaldo Reics y Ramón Cuevas, seudónimos de dos jóvenes intelectuales alineados con el PCR: Antonio Marimón y Horacio Crespo. Al igual que en los números dedicados a Perú y Bolivia, algunos de los textos publicados son análisis temáticos, pero en el nuevo número aparecen firmas con seudónimos.

El artículo de Reics y Cuevas (en adelante RyC) aborda acontecimientos histórico-político nacionales desde una posición coincidente con las “Bases para el primer congreso del FAUDI”, elaboradas en septiembre de 1971. La nota puede ser usada como una vía privilegiada para explicitar la clave histórica que comparten –y lleva a la convergencia de los intelectuales de *Los Libros* y la militancia estudiantil.

En noviembre de 1971, tres meses después de la publicación del número dedicado a Córdoba, *LL* elige como único título “Universidad y lucha de clases”. La foto de tapa muestra una universidad que no puede ser el eje del proyecto revolucionario, pues el gran aula vacía con el cartel “Presidente honorario: Che Guevara” sugiere que, bajo ese liderazgo, los estudiantes alineados con la nueva izquierda han salido de la universidad para participar de la lucha callejera. Como veremos, la imagen y el título de este nuevo número condensan la posición de la revista sobre el momento político, esto es, la

importancia de la participación universitaria en la “secuencia acontecimental” que se habría abierto en mayo de 1969 y que se extiende hasta 1971.

El número 23 de *LL* propone un “Balance de la actividad político-pedagógica en la FFyL de la UBA” firmado por la agrupación docente “29 de mayo” de esa facultad. El texto fue redactado colectivamente y tiene en común con los demás documentos de ese número la centralidad adjudicada a la movilización de los “cuerpos de delegados de base” estudiantiles. A este balance se suman otros dos más extensos sobre los conflictos y las experiencias de los Talleres Totales implementados en las universidades de Rosario, Córdoba y La Plata.

Como veremos, estas ideas sobre la problemática universitaria, la investigación científica y la participación estudiantil y docente en la transformación social también aparecen en los números de *LL* dedicados a la situación política de otros países latinoamericanos.

La crisis universitaria en la latinoamericanización de *Los Libros*

A partir de 1970, con la aparición de números dedicados a Perú, Bolivia, Chile, Uruguay y Cuba, se produce -como ha señalado José Luis de Diego- la latinoamericanización de la revista *LL*. La emergencia de nuevos movimientos políticos en los países latinoamericanos tiende a involucrar a los universitarios de esos países (tanto a quienes reivindican el modelo del “intelectual comprometido” como a los partidarios del “intelectual revolucionario”) en intensos procesos de radicalización política. Esta radicalización afecta tanto a las instituciones universitarias como a la relación entre cultura y revolución.

Cuando se embarca en ese proyecto, *LL* publica principalmente artículos, balances de lucha, declaraciones y documentos de diversos agrupamientos universitarios, pero también artículos de investigadores extranjeros como el sociólogo James Petras, el autor norteamericano más publicado por la revista.

La atención dirigida por *LL* a las nuevas coyunturas políticas en Latinoamérica y al papel de los intelectuales en ellas era compartida en esos años por varias revistas político-culturales argentinas, especialmente por la revista marxista *Nuevos Aires* (1970-1973) y la publicación de la izquierda peronista *Cristianismo y Revolución* (1966-1971). Ambas revistas le dedicaron numerosos artículos a la situación política de Perú, Chile y Bolivia, pero sólo la primera debatió el caso cubano.

Volviendo a *LL*, ésta se ocupa de la intervención de los profesores y estudiantes en los procesos de reforma de la educación superior emprendidos en Perú, bajo el gobierno del general Velazco Alvarado, y en Chile desde fines de los sesenta. Además, analiza la activación universitaria que integra la oposición de izquierda al general nacionalista Torres en Bolivia. Finalmente, también problematiza la relación de los universitarios cubanos con la construcción del socialismo.

Además, *LL* incluye un texto de dos páginas titulado “La universidad actual en el Perú” firmado por el crítico literario Antonio Cornejo Polar, entonces decano de la Universidad de Arequipa. Para Cornejo Polar, la nueva ley universitaria peruana, aunque mejora la estructura universitaria, aún no ha logrado resolver el problema de la falta de planificación del sistema universitario, ni la dramática exclusión de miles de estudiantes (pues no se ha modificado el sistema de admisión a la educación superior).

El decano reivindica ciertos avances de la nueva política universitaria como la creación de los “Departamentos y Programas”, útiles para modernizar la enseñanza, la investigación y la extensión universitaria, mientras que es riguroso crítico de las corrientes de la izquierda universitaria. A éstas les señala que, debido a sus irreconciliables enfrentamientos internos, no aportan soluciones a los verdaderos problemas de la universidad (la construcción de una cultura nacional y la destrucción de la “cultura de la dominación”). Cornejo Polar también subraya los violentos conflictos que genera la nueva ley al reducir la tradicional participación estudiantil en el cogobierno universitario, al tiempo que confiesa que esa participación no garantiza la excelencia académica.

La posición de Cornejo Polar podría sugerir que la reforma de la universidad peruana revela tanto los límites del intento modernizador que el autor integra, como los límites de una izquierda universitaria reducida a sus consignas y su modelo de intelectual revolucionario.

En cuanto a Chile, *LL* dedica un número al estudio del proceso político que lleva al gobierno a Salvador Allende. En ese número aparecen artículos e informes sobre la situación de los campesinos, los obreros y los intelectuales chilenos, y se incluye una declaración de los intelectuales y escritores chilenos sobre la cultura popular. Pero recién un año después la revista argentina publica un análisis sobre la situación de universidad chilena.

En el ya citado número 23 de *LL* se publica “La Reforma Universitaria de la Universidad de Concepción”, un documento de cinco páginas que es parte de “un trabajo más extenso preparado por alumnos y docentes” sobre la reforma universitaria chilena

lanzada en 1968 por la administración democristiana de Eduardo Frei. Como en el caso peruano, los autores del documento entienden que la universidad tiene por misión ser “un instrumento para la transformación social”. Pero, a diferencia del balance sobre Perú, los chilenos no problematizan la cuestión del ingreso a la universidad, al tiempo que valoran la participación estudiantil en el cogobierno, e incluso sugieren que los estudiantes deberían acceder al 50 por ciento de la representación.

En cuanto a Bolivia, su situación universitaria es tratada escuetamente por el artículo “Bolivia entre dos revoluciones” del sociólogo estadounidense James Petras. En el análisis de la evolución histórica de la revolución boliviana entre 1952 y 1970, el artículo reconstruye la historia de los estudiantes bolivianos, quienes hasta la caída del Che Guevara permanecieron desligados de la lucha de clases. En efecto, la conmoción ante la muerte del Che conduciría a que el ala estudiantil democristiana, líder del movimiento universitario, se radicalice en torno de la “guerrilla de Teoponte”. Si bien esa experiencia fracasa en 1970, según Petras, el marxismo revolucionario continúa teniendo un peso importante entre los docentes y los estudiantes, y ello se evidencia en la formación de “universidades obreras”, en la movilización callejera, junto a la clase trabajadora, contra los golpes de la derecha militar (cuando el campesinado permanece ligado a los pactos con los militares) y en la participación en la “Asamblea Popular”, órgano de doble poder que se enfrentaba a las claudicaciones del general Torres ante la burguesía boliviana y el imperialismo.

De este modo, en el estudio de la situación boliviana propuesto por *LL* prima, al igual que en otras revistas político-culturales como *Nuevos Aires* y *Cristianismo y Revolución*, una perspectiva centrada en las guerrillas y el movimiento obrero, mientras que la cuestión universitaria y la actividad estudiantil no merecen mayor análisis. Un problema similar podemos encontrar en el número de *LL* dedicado a Uruguay: el artículo de Alain Labrousse y los documentos que se ocupan de la guerrilla tupamara no analizan la dinámica del movimiento estudiantil o los conflictos en la universidad, y ello a pesar de que los estudiantes constituyen “una de las principales fuentes de apoyo al movimiento Tupamaros” y que los debates internos del movimiento tupamaro sobre el foquismo impactaron en las filas universitarias y liceales de esta guerrilla. Revisemos ahora cómo es tratada la cuestión universitaria cubana en el número especial, de junio de 1971, titulado “Cuba: cultura y revolución” y abocado al asunto Padilla.

El número sobre Cuba de *LL* se abre con “Sobre el caso Padilla. Puntos de partida para una discusión”, un artículo sin firma que funciona como un balante del debate

colectivo que había tenido lugar entre sus colaboradores. Para los colaboradores de *LL*, el “asunto Padilla” es parte fundamental del debate sobre el sentido de la revolución y del internacionalismo proletario. Allí se rechazan las pretensiones de aquellos intelectuales que pretenden ser juzgados sólo por sus pares y se sostiene que los problemas de la cultura deben ser un asunto de las masas populares cubanas, las que con ello pondrían en cuestión la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual. Finalmente, los colaboradores de *LL* afirman que la revolución cubana debe avanzar mediante el debate sobre el tipo de políticas culturales y educativas que permitan desarrollar el poder y ampliar la democracia socialista.

Esta posición es reforzada a través de la publicación del documento “Fidel Castro: Cultura / Revolución”, una selección realizada por *LL* de fragmentos de discursos de Fidel pronunciados entre 1965 y 1968. Allí el líder cubano puntualiza que uno de los logros de la revolución el acceso de las masas obreras y campesinas a la educación y el papel de ésta en la formación de la conciencia revolucionaria del pueblo cubano. Para Castro, la educación es una herramienta fundamental en la lucha contra el individualismo, al que hay que combatir en tanto enfrenta a los hombres y conduce al capitalismo. En otro de los discursos, Fidel se dirige a becarios y técnicos graduados en 1966. Allí considera a la institución universitaria como parte de un proceso de integración entre la cultura y el trabajo manual. Fidel llama la atención sobre “aquellos que se dicen más amantes de la cultura” y asegura que “no somos enemigos de nuestros estudiantes universitarios”, pero señala que los estudiantes todavía están lejos de ser los revolucionarios que se espera. El líder los convoca a que combinen el estudio con el trabajo manual y que mantengan un persistente trabajo ideológico que evite que se conviertan en “técnicos sin conciencia” y con ello en “neoburgueses en medio de una revolución”. En el siguiente discurso reproducido, Fidel asegura que el crecimiento de la productividad en la economía socialista facilitará el avance del trabajo intelectual sobre el manual y que los éxitos de la revolución permitirán que toda la población cubana acceda a la educación superior. Asimismo, la combinación del desarrollo técnico y educativo traería la “desaparición de la universidad” entendida como institución que separa el saber de la práctica. Entonces se abriría una etapa en la que la producción urbana y rural aplicaría directamente los nuevos conocimientos científicos, al tiempo que se desplegarían en esa producción las actividades educativas.

A modo de conclusión

La revisión que hemos desarrollado permite registrar el modo en que la revista *LL* produce y difunde un conjunto de análisis sobre la universidad escritos al calor de la protesta juvenil y estudiantil. Justamente esa protesta sería una nueva oposición social de escala internacional que reclama nuevos análisis orientados especialmente por la perspectiva marxista. En un principio, la discusión que promueve el colectivo editorial de *LL* se concentra en la juventud como categoría analítica para luego concentrarse en el activismo estudiantil. Éste sería el emergente del desarrollo de la modernización capitalista, y en la lucha de clases debería colocarse, junto con los intelectuales, como una capa subordinada a la acción de la clase obrera. Asimismo, los análisis coinciden en identificar a la universidad como una institución atravesada por la “lucha de clases”, al tiempo que se defiende al trabajo intelectual en tanto se le asigna una específica tarea dentro de esa lucha. Siguiendo una categoría acuñada en ese entonces por Portantiero, el movimiento estudiantil aparece como una “fuerza de trabajo intelectual en proceso de formación”. Finalizando el recorrido, recordemos que *LL* logra constituirse en esa plataforma en la que circulan transnacionalmente las posiciones de la nueva izquierda intelectual sobre la encrucijada latinoamericana.